

Alida Chauca Nolasco



Cuentos
bajo la sombra
de un capulí

Cuentos bajo la sombra de un capulí

*Con respeto y gratitud a mis admirables maestras:
Dra. Aurora Marrou Roldán y Lic. Dora Maraví Palacios*

Cuentos bajo la sombra de un capulí

Alida Chauca Nolasco



Cuentos bajo la sombra de un capulí
© Asociación por la Cultura y Educación Digital, 2021
© Alida Chauca Nolasco, 2021

Diseño y diagramación: Héctor Huerto Vizcarra
Diseño e ilustración de cubierta: Karent Melchor
Ilustraciones del interior: Karent Melchor

Editado digitalmente por:
Asociación por la Cultura y Educación Digital
ACUEDI Ediciones
Calle Vertiente N° 179, La Molina
RUC: 20546738419
hector@acuedi.org

Primera edición: Junio 2021
Edición digital en EPUB
ISBN: 978-612-5041-00-5
Hecho el depósito legal en la
Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-06207
Registro de la obra ante Indecopi: 01548 - 2016

Índice

Presentación.....	9
La pelota de colores.....	13
La tortuga bailarina.....	18
Lo llamaban Tito.....	23
Dorita y los peones.....	32
El secreto del abuelo.....	38
Peluche.....	47

Presentación

«Nunca es demasiado temprano para compartir un libro con los niños. Si aguardamos a que sepan leer para hacerlo, es como si esperáramos a que él supiera hablar para hablarle» (Penélope Leach).

La niñez es la etapa más tierna de la vida. En ella los infantes juegan, dan vida a lo inanimado, sueñan, comparten, ríen, lloran y, sobre todo, en esa inocencia que los caracteriza, van creando su propio mundo, uno en el que todo es posible.

Las singulares situaciones que viven los pequeños están envueltas en atmósferas imaginarias, en juegos interminables y en interrogantes inacabables. Disfrutan de una etapa tan dulce como la miel y tan refrescante como la brisa de primavera.

Justamente en el libro *Cuentos bajo la sombra de un capulí*, de la escritora Alida Chauca Nolasco, la niñez queda muy retratada en seis increíbles relatos que muestran la cotidianeidad infantil al detalle. En estas tiernas circunstancias donde los niños y las niñas son los protagonistas de grandes historias, Alida nos regala universos cargados de mucho amor y afecto.

Estos cuentos dejan hermosísimas moralejas. No solo son piezas muy bien trabajadas, también nos enseñan reflexiones fáciles de entender. Las palabras escritas con mucho cariño, la descripción de los personajes,

las sencillas estructuras y, sobre todo, los valores que cada fábula alecciona nos invitan a soñar en un mundo de buenas acciones.

Estoy segura de que esta hermosa recopilación de relatos no solo logrará entretener sino también educar. Cuentos bajo la sombra de un capulí demuestra que la vida tiene muchos colores y que está en nuestras manos pintarla de los tonos que nos ayuden a ser mejores personas cada día.

Yovana Mescua Aréstegui
Periodista y poeta

La pelota de colores

Don Panchito, el carpintero más conocido de Pampas Grande, cepillaba una hermosa y olorosa mesa de nogal con esa concentración que le era tan propia. Hasta que irrumpió en el taller Antuca, la última de sus nietas, agitada y muy nerviosa.

—¡Abuelito, abuelito Panchito! A mi amiguita Rosita su papá le ha dicho que esta navidad le va a regalar una pelota grande de colores. ¡Yo también quiero una igual! ¿Ya, abuelito? ¿Ya, abuelito? —exclamó y suplicó la niña.

Don Panchito era muy querido por todos los pampeños. Era pequeño de estatura y amaba su oficio, que lo aprendió desde muy niño. Nadie como él fabricaba en el pueblo las mejores sillas, bancas, camas y aradores. Todo lo fabricado por sus manos tenía garantía. Por eso repetía siempre a sus clientes:

—Lo dejaré de herencia, mi amigo, no se preocupe del precio.

Pero, así como tenía fama de excelente carpintero, también era conocido por sus adivinanzas y cuentos de misterio. Sin embargo, nadie era como él para los acertijos. Eran su especialidad.

Antuca era una niña de más o menos cinco años, ansiosa y siempre inquieta. Cuando quería algo se volvía terriblemente insistente.

—Eres muy cargosa, «Puca, Puquita» (roja, rojita)
—solía decirle don Panchito, quien la llamaba así porque la niña tenía el cabello rojo encendido y la cara redonda totalmente cubierta de pecas del mismo color, pero sobre todo porque tenía un temperamento caprichoso.

—Papá Panchito, espero que no te olvides de regalarme la pelota de colores que te he pedido —repetía Antuca casi todos los días.

—No, mi hijita, no me olvidaré —decía el anciano, sonriendo pícaramente.

Durante varios meses el diálogo entre el abuelo y la nieta era bastante similar, hasta que una tarde la chiquilla, muy alborozada, entró corriendo a la carpintería tropezándose con todo lo que encontraba a su paso; exclamando y llorando fuera de sí:



—¡Abuelito, ya llega la navidad! ¡Es la otra semana! ¡Así me ha dicho Rosita! Además, que su papá ya fue a Lima para traerle la pelota de colores. ¿Y tú, abuelito, cuándo me vas a comprar mi pelota? Seguro te has olvidado. ¡Tú no me quieres, abuelito! ¡No me quieres! —comenzó a gemir, zapateando y golpeando el piso con el taco de sus botines.

El abuelo apagó la garlopa, miró calmadamente a la niña y la llamó:

—Ven, Puca Puquita, pero ten cuidado con los pollitos que los puedes pisar. Siéntate en este banco que vamos a jugar un rato. ¿Quieres?

Antuca, temblorosa y un tanto temerosa, se acomodó en el asiento y contestó refunfuñando:

—¿A qué vamos a jugar?

El abuelo le observó, le acarició la cabecita de la pequeña y replicó con tono suave y sereno:

—Al trueque, al cambio, Antuquita.

—¿Cómo es ese juego, papá Panchito? —dijo un poco más sosegada la niña.

—Es un intercambio que vamos a hacer tú y yo.

—Yo no tengo nada que cambiarte abuelito —contestó preocupada Antuquita.

—¡Claro que sí, Puca Puquita, verás que sí! ¿Dime, hijita, de qué colores será la pelota de Rosita? —preguntó don Panchito.

—¡De varios colores, abuelito! Verde, amarillo, rojo, azul, blanco... ¡Yo quiero una igual, papá Panchito! —exclamó emocionada la niña.

Moviendo la cabeza el abuelo replicó:

—¡No, mi Puca, tu pelota tendrá otros colores, pero serán los más hermosos del mundo!

Antuca se quedó muy sorprendida y con los ojos verdes inmensamente abiertos por la sorpresa dijo:

—¿Abuelito, existen otros colores más bonitos?
¡Mentira, mentira, no te creo, no te creo!

—Sí, los hay más bellos hijita —respondió firme don Panchito.

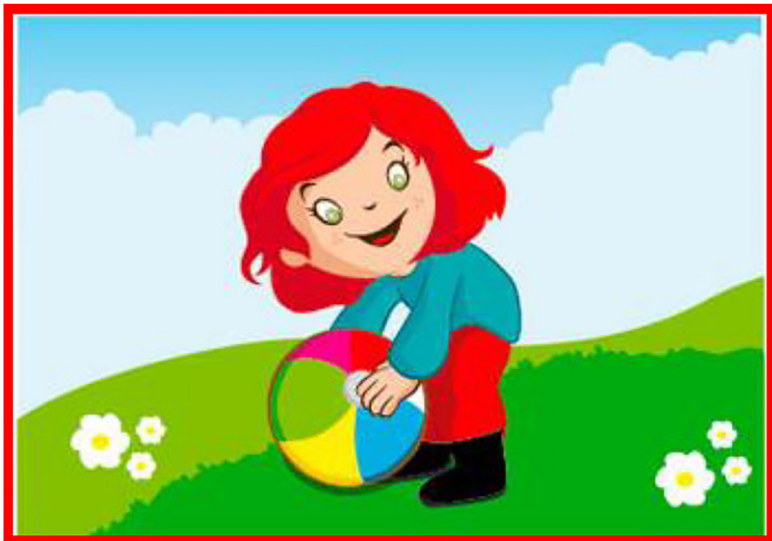
—¡Entonces que mi pelota tenga esos colores, abuelito! Ahora me voy donde Rosita a contarle que mi pelota será la más bonita —replicó casi ordenando Antuca.

—Ven, hijita, no te vayas. ¿Recuerda que íbamos a jugar al intercambio?

—¡Ah sí, abuelito! ¿Qué cambio vamos a hacer?

El abuelo sonriente en tono cariñoso, pero reflexivo, le dijo a la niña:

—Puca, Puquita, yo te regalaré la pelota que tanto quieres, pero si la dibujas y pintas con los colores



que yo te voy a decir. Escúchame bien, la pelota deberá tener estos colores: color de la esperanza, color de la pureza, color de la alegría, color del amor, color del cielo... —Antes que terminara, la niña le cortó:

—¡Qué fácil, papa Panchito! ¡Qué fácil! La esperanza es verde, la pureza es blanca, el cielo es celeste. ¡Voy a traer mis colores!

—Espera, espera, Puca Puquita —replicó el abuelo—. También deberá tener el color de la serenidad, color de la paciencia y, sobre todo, no te olvides el color de la perseverancia y también el de la resignación. Cuando me traigas el dibujo con esos colores, yo te entregaré la pelota de tus sueños. ¿Entendiste bien, Puca?

—Sí, abuelito, ya comprendí —dijo la niña repitiendo como si fuera un estribillo «color de la resignación, pero sobre todo de la ilusión y la paciencia», y se fue a buscar el papel y los lápices para pintar la pelota de colores que le regalarían en la navidad.

Finalmente, se escuchó por toda la casa la voz del abuelo recomendado a la niña:

—¡Puquita, si no sabes cómo son esos colores, pregúntale a la abuela! ¡Ella te puede ayudar!

La tortuga bailarina

Esta era una tortuga que había vivido en la casa de la familia Flores Mejía durante más de diez años. Allí la llevaron una tarde cuando todavía era muy pequeña, casi del tamaño de la mano de Yazí, una niña de más o menos tres años, que era la hija menor de la familia. Los chiquillos de la casa, desde los mayores, Miguel, Alberto y Héctor, hasta los menores, Natalia, César y Yazí, recibieron a la tortuga con mucha algarabía e inmediatamente le pintaron el caparazón con colores brillantes: rojo, amarillo y celeste encendido.

Yazí la hizo su más fiel compañera de juegos. Mientras daba cuerda a su robot, observaba como la pequeña tortuga se desplazaba tranquilamente, buscando espacio entre todos los juguetes tendidos en el patio. Parecía uno de ellos.

Una mañana Yazí llamó a su mamá casi llorando y le dijo con mucha pena que no encontraba a Toti, nombre que habían puesto a la tortuga, presumiendo que era hembra. La madre y la niña la buscaron por toda la casa. En la tina grande donde solían guardar todos los juguetes, no estaba. En la canasta de las pelotas, tampoco la hallaron. Terminaron agotadas buscando por todos los vericuetos del patio y del jardín, pero no lograron encontrarla.

Pasaron varios días y toda la familia se encontraba muy consternada porque, al parecer, la tortuga

había desaparecido y se hacían unos a otros la misma pregunta. ¿Dónde estaba Toti? Finalmente concluyeron que Charo, la ayudante de la mamá, en un descuido la habría echado a la basura. No había otra explicación.

Así transcurrieron muchos días, semanas, meses y, finalmente, los pequeños se resignaron. La tortuga había desaparecido. Pasaron el verano, el otoño, el invierno y, un día esplendoroso de primavera, cuando Yazí estaba regando el jardín, observó que debajo de una plantita de tomate, muy lentamente, se asomaba la tortuga.

—¡Mira, mira, mamá, allí está Toti! —exclamó feliz la niña.

Apenas llegaron sus hermanos mayores de la escuela, Yazí les contó lo sucedido. El grupo se movilizó al jardín y allí, efectivamente, muy oronda estaba Toti paseándose sin ningún apuro. Los chiquillos hicieron una ronda a su alrededor y declararon los siguientes días como de fiesta general en toda la casa.



Toti fue la silenciosa compañera de juegos durante toda la infancia de aquellos niños y, cuando fueron adolescentes, más de uno contó a la tortuga sus primeras penas de amor. Pero tan hermosa vida familiar sufrió un cambio inesperado, pues al padre lo trasladaron a otro lugar de trabajo y tuvieron que cambiar de domicilio a otra provincia.

Fue en invierno el último día de la mudanza. Todos los miembros de la familia examinaron que nada se quedara. Lo último que subieron al camión fue la jaula de los canarios. Este hecho, años más tarde, fue recordado por la familia como el símbolo y sello final de toda una época bella colmada de maravillosos recuerdos. En esa casa, en la huerta, en el patio en toda ella quedaron los primeros pasos de los niños, sus primeras palabras, el eco de sus risas infantiles y juveniles.

Como siempre, cuando terminaba el invierno, al llegar la primavera, Toti abandonó su letargo y, muy lenta y perezosamente, cruzó el jardín, llegó hasta el patio, retozó coqueta alrededor del ciruelo esperando la frase que siempre escuchaba de parte de Natalia, «Hola Totita, qué bonita estás. Cuánto has crecido», a lo cual la madre solía añadir suspirando, «Y pensar que te faltan cuántos años por vivir». Luego venía Renato, el padre, trayéndole lechugas y tomates frescos. Pero ahora... se preguntaba la tortuga «¿Qué pasaba? ¿Por qué tanto silencio? ¿Nadie reparaba que ya se había dado cuatro vueltas alrededor del ciruelo?».

Ante esto la tortuga dijo, un tanto asustada y preocupada:

—Humm esto me parece muy raro. Nadie me hace caso —pensativa y muy apenada se escondió entre

los rosales y desde allí vio cómo unos niños que ella nunca había conocido jugaban en el patio.

Cuentan los grillos que la tortuga se escondió detrás del chirimoyo durante varios días y lloró mucho pensando:

—¿A dónde se ha ido todos mis amigos? ¿Dónde estarán Marita, Natalia, Miguel...? ¿Por qué se olvidaron de mí?

Así transcurrieron varias semanas. La tortuga solía dar su paseo matinal por el patio, pero nadie reparaba que ella también existía. Su pena iba en aumento. Por ello decidió pedirle consejo a su amigo el conejo Manolito. Él la escuchó con mucha atención y le susurró algo al oído.

Al día siguiente, con la ayuda de Manolito, la tortuga cogió las flores más bonitas del jardín y se hizo un



hermoso vestido. Adornó su cabecita con una coronita hecha de santa rositas y esperó a que los nuevos niños llegaran de la escuela. Cuando estos llegaron, la tortuga salió de su escondite y, bellamente adornada, avanzó y se ubicó al centro del patio, se levantó sobre sus dos patitas, entonó una canción muy alegre y se puso a bailar alrededor del ciruelo.

El niño más pequeño, que estaba jugando a las bolitas, fue el primero que la vio. No pudo contener su asombro y exclamó:

—¡Una tortuga que canta y vestida de flores!
¡Vengan hermanitos miren!

La chiquillada corrió para ver si era cierto y se quedaron estupefactos al ver a la tortuga bailarina. Ella no podía contener su gran emoción. ¡Lo había logrado! Ahora toda la familia estaba alrededor de ella. ¡Ya tenía nuevos amigos!

Lo llamaban Tito

Por el empinado y viejo camino del pueblo de Huanchis Víctor Méndez y Lucio, el menor de sus hijos, con sus diez años recién cumplidos, subían lentamente la cuesta emocionados de visitar a la abuelita Tomasita.

—Hijo, haremos una parada en aquella casa blanca. Todavía nos falta un largo trayecto para llegar.

—Está bien padre, yo también estoy muy cansado, pero de solo de pensar que la abuelita se va a poner feliz con nuestra llegada, se me quita la fatiga.

Avanzaron el trecho que faltaba y se sentaron en un poyo de adobe, justo en la entrada de una casa blanca, pero lo que llamó la atención del muchacho fue el cartel inmenso que colgaba de los ventanales y en el cual se leía: LA CASA DE TITO. De ella salían voces de niños que reían, al parecer, estaban muy contentos y felices.

—¡Papá, fíjate en el letrero! Dice que esta es la casa de Tito. ¿Tú sabes algo de él? —El padre se pasó la mano por la barbilla y mirando el horizonte respondió:

—Sí, claro que conocí a Tito. ¡Fue mi compañero de escuela! Lo llamábamos Tito, aunque su nombre verdadero era Fidel. Era muy inteligente, pero casi siempre llegaba tarde a las clases. Le dolía mucho no ser puntual, pero un día llegó después del recreo. Temeroso y con sigilo entró al salón de clase, procurando que nadie se diera cuenta de su presencia. Sentado ya, miró de canto a canto la pizarra, leyendo lo que la maestra había escrito.

»En su escritorio, la profesora leía un libro, simulando no haberse dado cuenta de Fidel. Debió haberle reprendido por su tardanza, pero no lo hizo porque bien sabía cuánto apenaba esto a mi amigo... Los dos hermanos menores de Tito, Lalita y Ramoncito, de nueve y seis años, que habían llegado antes al salón, miraron a su hermano mayor con respeto, cariño y pesadumbre al mismo tiempo. Ellos sabían que, antes de venir a la escuela, Tito debía hacer muchas tareas: abrir la bocatoma del agua para regar las chacras de Punyán, ir a la puna a ver cómo estaban los animales, en especial las vacas y las yeguas preñadas. Aunque salía de la casa muy de madrugada y viajaba a caballo, esas actividades tomaban hasta dos horas por lo cual no podía llegar a tiempo a su escuela.

»Además, ahora que había crecido, cuando su padre bajaba a la costa para intercambiar los productos



que cultivaba como el trigo, la cebada y las alverjas por las deliciosas lúcumas, arroz, fideos y otros alimentos que vendían en las tiendas de Jimbe y Macate, lo dejaba como responsable de toda la familia.

»Por todo eso, Fidel llegaba tarde a la escuela y no escuchaba las explicaciones de la maestra de las primeras horas de clases. En tanto que la profesora se encontraba de espaldas, Ramoncito se acercó al pupitre de Tito, lo abrazó sonriente y le dijo:

»—Mamá nos ha preparado cuy frito y canchita de fiambre. —Entonces, los ojos de Tito brillaron de alegría y muy al oído le musitó a Ramoncito:

»—¡Alégrate, la yegua *Parda* ha tenido un potrito! Por eso me he demorado un poco más hoy día.

»Ramoncito no pudo contenerse, lo abrazó feliz y se fue saltando a su sitio.

»—Alumnos, como ustedes saben ya viene el aniversario de nuestro distrito. Por ello, el alcalde ha organizado un concurso de dibujo y pintura donde nuestra escuela también va a participar. El premio para los alumnos de quinto año será una estadía en Caraz con los estudios pagados del curso que escojan. Para los menores de los demás grados será un paseo a Huallanca. —Anunció la maestra muy alegre.

»Ni bien terminó de hablar la maestra, Ramoncito y Lalita voltearon y, con los ojos anhelantes, miraron a Tito. Ellos sabían que el gran sueño e ilusión del hermano mayor era estudiar la secundaria en Caraz y luego ir a Lima para ser militar. De ello hablaban siempre, cuando solos, en la extensa y fría puna, pasteaban las ovejas. La indicación de la maestra sobre el concurso

hizo que el corazón de Tito latiera como un caballo libre sobre el pajonal».

—Pero Lucio debemos continuar nuestro camino, ya hemos descansado lo suficiente —dijo el Señor Méndez.

—Papá, un ratito más hasta que termines la historia de tu amigo Tito.

—Bueno Lucio, sigamos con la historia. Una tarde, después del recreo, cuando ya habían transcurrido dos meses del aviso, la maestra nos recordó:

»—El próximo lunes será el concurso, vayan trayendo sus materiales y piensen en qué dibujos o pintura realizarán.

»Al día siguiente, Lucho, el hijo del regidor, entregó a la maestra grandes pliegos de cartulina y una caja con veinticuatro colores y le pidió que los guardara en el lugar más seguro, pues a su padre le habían costado mucho dinero. Los tres hermanos Callán salieron de la escuela y caminaron sin comentar nada. Solo se escuchaba el rumor de los eucaliptos y las retamas al ser rozados por el viento. Bajaron hasta la quebrada y así, sin mediar ninguna palabra, llegaron a la puerta de la casa de donde salió alegre a recibirlos *Salvador*, un perro ovejero que, apenas los vio, corrió hacia ellos y los llenó de besos. En la cocina también reinó el silencio, pues hasta las gallinas siempre bullangueras se encontraban dormitando, escondiendo la cabeza debajo de las alas. En mudo concierto, cada uno hizo lo que tenía que hacer. Tito cortó la leña, Ramoncito fue a traer agua del río y Lalita seleccionó las papas, las cebollitas y el maíz, pues prepararía para el almuerzo un caldillo de huevos con canchita tostada.

»Al terminar el almuerzo, Tito cogió su violín y comenzó a tocar el pasacalle *Bajo el cielo de los Incas* que le estaba enseñando Don Félix, el viejo músico del pueblo, quien siempre decía que mi amigo sería su sucesor musical. Tito tocó la entrada del pasacalle con bordones en notas graves, cuya melodía era melancólica y profunda, pero al llegar a la fuga el violín desgranó notas agudas, alegres, chispeantes, inundando la cocina de luz. Solo entonces Lalita se armó de valor y abruptamente dijo apenada:

»—Hermanos, no tenemos los materiales. No podemos concursar. Ya perdimos los premios —dijo pensando en que su hermano no podría viajar a Caraz.

»Ramoncito le hizo una señal a Lalita para que no continúe, pues sabía que su hermano mayor estaba sufriendo mucho. Por ello había tocado el violín de esa manera. Lo conocía perfectamente y esta vez sí que estaba muy triste. Lalita entendió el mensaje de Ramoncito, recogió los platos y, animando a Tito, le dijo:

»—Hermanito, toca la entrada del pasacalle *El Pastorcito* que quiero cantar un poquito.

»La niña entonó vibrante las primeras estrofas y finalmente los tres terminaron cantando muy animados. En sus corazones tiernos e infantiles brotó la ilusión. Presentían que habría alguna solución y que Tito sí iría a Caraz. Amaneció en el pueblo. Tito como siempre fue el primero en levantarse. Apuró a sus hermanos para llegar temprano a la escuela. Había decidido no ir a la puna y esta vez ser puntual. Los tres irían juntos. Con mucho apetito tomaron el desayuno, agüita de cedrón muy caliente con *machca* de trigo tostado y trozos de queso. Envolvieron sus fiambres y partieron contentos.

Era bonito caminar con Tito, daba seguridad y además contaba muchas historias que había escuchado al abuelo Sebastián.

»Bajaron muy despacio la cumbre pues la noche anterior había llovido mucho. Tito abrazó protectoramente a Lalita para que no se caiga, mientras Ramoncito los seguía silbando fuerte, compitiendo con los pajarillos. Terminado el descenso de la cuesta, Tito les propuso descansar un poco. De pronto, Lalita, que caminaba lentamente, saltó en su sitio y con una mirada que presagiaba que tenía una idea brillante dijo:

»—Hermanitos, ¿recuerdan el lugar de dónde sacamos la piedra blanca para escribir en la pizarra de carbón? ¿Puede haber otras piedrecitas de colores que sirvan para pintar! Ramón miró interrogante al hermano mayor y, tímidamente, sugirió que ese día en lugar de ir a la escuela fueran al río a buscar piedrecitas de colores. Caminaron hasta la naciente del río. Tito y Ramón se remangaron los pantalones y sumergieron sus pies en el agua.

»—Tírenme las piedras que encuentren. Yo las voy a probar en mi pizarra —gritó entusiasmada Lalita.

»Efectivamente, los tres niños encontraron muchas piedras de diferentes colores, amarillas, celestes, violetas, azules, verdes y marrones. Lalita emocionada las iba probando en su pizarra. ¡Qué bonitos colores y tan diversos, algunos suavécitos y otros intensos!».

Don Víctor Méndez, emocionadísimo y con su voz a punto de quebrarse, continuó el relato para el pequeño Lucio:

—Cuando llegó el día del concurso, los familiares de los estudiantes colmaban los patios de la escuela.

Los niños estábamos inquietos. Algunos padres habían venido desde sus pueblos lejanos para acompañar a sus hijos, quienes portaban ilusionados las cartulinas y los colores. Dios no más sabía que, para comprarlos, tuvieron que vender sus mejores cerdos y gallinas. Pero eso no importaba para ellos, si el premio era ir a la capital de la provincia para estudiar.

»El director nos ubicó en diferentes aulas. La maestra les preguntó a los hermanos Callán por sus colores. Ellos, con timidez, le mostraron sus alforjas llenas de piedras de diferentes colores. La maestra miró sorprendida las alforjas y les permitió el ingreso al respectivo salón. Ellos unieron sus pizarras de carbón y comenzaron a dibujar la capilla del Señor de Huanca, teniendo como fondo el grandioso paisaje de nuestra campiña. Luego cogieron las piedrecitas y llenaron de colores el dibujo. ¡Qué colores tan especiales tenían las piedrecitas! Ninguno de los lápices que vendían en las tiendas pintaba de esa manera. El celeste para el cielo era



suave, el amarillo para el sol tenía resplandores dorados y, para las plantas, había verdes en todas las tonalidades. Los chicos no cabían de júbilo.

»¡Qué alegría! Si Tito hubiera traído su violín, en un descanso podría haber tocado un huaynito bien alegre y, quizás, el dibujo les habría salido mucho mejor, comentaban mis tres amigos. Transcurrieron alrededor de tres horas y el jurado pasó examen a cada uno de los trabajos, para luego anunciar el ganador. Vieron entonces los variados y bellos dibujos de los concursantes, realizados en cartulina y con lápices, ceras y témperas de colores, incluso algunos traídos desde Lima. El trabajo que más destacaba era el de Lucho. ¡Claro, con veinticuatro colores quién no lograba los mejores matices! Así decían algunos padres de familia.

»Pero los miembros del jurado, al contemplar la obra de los hermanitos Tito, Ramón y Lolita Callán, se quedaron asombrados. ¡Era un bellissimo trabajo que nunca habían visto! ¡Qué había sido hecho con piedrecitas del río! Hasta el sol brillaba en el dibujo y las nubes parecían tener movimiento sobre el celeste cielo. Los trazos eran seguros y fuertes al representar los viejos y añejos árboles, y tenues y delicados al perfilar las flores pequeñas.

»En su conjunto, el dibujo llamaba la admiración por la forma de representar la naturaleza y, sobre todo, porque hacían brotar sensaciones indescriptibles y en el alma los más nobles sentimientos: alegría, amor por el terruño y paz en el corazón. Por ello ganaron el concurso y Tito fue a Caraz. Allí lo acogió y apoyó su tío Don Florencio Villa, un militar retirado. Al pasar los años, mi amigo Tito se recibió con honores en la Escuela Militar

de Lima y ayudó a nuestro pueblo. Por ejemplo, esta que fue su casa ahora es un centro para niños especiales. Para tenerlo siempre en la memoria, los paisanos han puesto en la puerta este letrero que dice LA CASA DE TITO. Esa es la historia hijo, pero... ¡Mira, tu abuelita ya nos viene a dar el encuentro!».

—¡Mamita Tomasita aquí estamos! —Lucio llamó a la abuela sumamente contento.

Dorita y los peones

La pequeña Dorita había llegado al pueblo de Chupaca desde hacía tres meses. Así, repentinamente, lo que demoraba el viaje desde Lima había marcado el fin de su vida en el barrio tradicional de Montserrat y el inicio de una etapa totalmente diferente en la tierra de sus padres. El padre de Dora estaba inmensamente feliz de ejercer su profesión de médico en su pueblo natal, junto a la gente que tanto amaba y que había extrañado durante los años que estuvo en la capital.

Todo llamaba la atención de Dorita, el verdor del campo, el azul del cielo, los hermosos nevados, pero nunca había imaginado ver unos zapallos ni unas papas tan grandes en la chacra de sus abuelos. En las mañanas se levantaba muy temprano e iba de inmediato a la cocina. Allí se encontraba con Teresita, la cocinera principal y sus ayudantes. Prontamente, se hizo amiga del todo el equipo de la cocina.

—Niña Dorita, no venga aquí, su abuelo se va a molestar. —Cuántas veces le habían dicho lo mismo, pero ella jamás escuchaba tales advertencias.

Las hacendosas cocineras preparaban dos clases de comidas. Para los patrones y para los peones. Dorita en la cocina, mientras no la viera Teresa, cogía el cucharón de palo y probaba de ambas. Una mañana, le dijo a Teresa:

—Por favor, déjame ayudarte a servir la comida a los trabajadores.

—No, niña Dorita. Su papá se molestaría y luego me echaría del trabajo. Vaya al comedor que allí le voy a servir su almuerzo —contestó Doña Teresa terminante y contrariada, agitando el cucharón de palo.

Las siguientes mañanas Dorita siguió con su tenaz pedido que, como decían las chicas de la cocina, se había convertido en una letanía de almas en pena.

—¡Válgame, Dios, qué capricho de la niña Dorita! —rezongaba la cocinera.

Un día doña Teresa no vino a trabajar. Sus ayudantes no pudieron con la insistencia de Dorita y esa mañana, nerviosa, emocionada y feliz, la niña se puso el blanco delantal de las cocineras. Las pequeñas manos infantiles temblaron cuando cogió el inmenso cucharón de servir la sopa. «¡Sí podía hacerlo! ¡Claro que podía!»



pensó. Qué alegría reinaba en su corazón, nadie en la tierra, era tan feliz como ella.

Las cocineras querían que todo estuviera en orden y que Doña Teresa no recibiera queja de nadie. Pero... esta niña Dorita quería servir ella también.

—Ojalá que ni su padre, menos su abuelito, se enteren —comentaban muy asustadas.

El sol del mediodía repuntaba en el límpido cielo serrano. A esa hora los peones dejaban de trabajar e iban a la acequia más cercana, cogían agua fresca en sus anchos sombreros, bebían un poco y se mojaban toda la cabeza. Después, lentamente, se acercaban a la puerta de la cocina, hacían fila y recibían su respectiva ración de comida. Tímidamente se acercaban de uno en uno, alcanzando dos mates: uno para que les sirvieran la abundante sopa del día, que podría ser patasca, chupe de olluco o de trigo; y otro para el segundo, donde nunca dejaban de darles las ricas papas arenosas del lugar y un dulce y tierno choclo.

Cuando los peones vieron que allí en la cocina se encontraba la niña Dorita sirviendo la comida, comenzaron a murmurar en la cola.

—Su abuelo le habrá mandado a inspeccionar lo que nos sirven.

Otros decían:

—Así era su abuela, ella misma venía a controlar la cocina.

Dorita jamás había experimentado eso que sentía ahora. El corazón le latía, las comisuras de los labios le temblaban sin control y las manos le transpiraban como nunca. Los peones con la cabeza gacha le saludaban:

—Buenos días, ña Dorita. —Ella radiante les iba sirviendo a cada uno llamándolos por su nombre:

—Buenos días, Francisco. Buenos días, Antenor. Buenos días, Florencio. Buenos días, Fortunato... — Había aprendido el nombre de todos.

Esa noche Dorita no pudo dormir. Abrió su ventana y todo el esplendor de la luz de la luna colmó su habitación. Pensaba en todo lo que había visto en ese maravilloso día. Como nadie se había quejado, Doña Teresa le dejaría continuar sirviendo a los peones los días siguientes.

Cierto día el personal de la cocina esperaba la llegada de Dorita, pero no apareció. La ayudante que servía la comida a los patrones les contó que en el comedor tampoco se encontraba y que el papá de la niña estaba preocupado por saber dónde estaba su hija. Doña Teresa, cada vez más extrañada por la repentina desaparición de la niña Dorita, ordenó:



—Bueno, bueno, vamos a servir a los peones. Ya aparecerá. Estará por la huerta jugando con los pajaritos.

Los peones, como de rutina, se pusieron en fila para recibir sus alimentos. Pero algo diferente se notaba en ellos. Unos estaban nerviosos, otros sonrientes, algunos asustados, miraban con recelo a Doña Teresa, quien les preguntó en voz alta:

—¿Qué les pasa a ustedes? ¿Qué tienen? ¡Algo están ocultando o tramando zamarros!

Finalmente le llegó el turno a un peón que apenas dejaba ver su rostro, cubierto por un sombrero que le quedaba inmensamente grande. Extendió el mate con su mano pequeña, nerviosa y vacilante, y rápidamente se integró a al grupo de trabajadores que ya comían debajo de un árbol.

—Ha de ser hijo de algún trabajador. No voy a decir nada. Pobrecito. Una ración más no se va a notar —pensó Mati la ayudante de cocina más joven.

Durante una semana Dorita no fue a servir la comida a los peones y en el comedor, en el momento del almuerzo familiar, solo probaba las frutas con el argumento que no tenía hambre porque la altura le había afectado.

Inesperadamente, el abuelo llegó en la hora de la repartición de los alimentos de los peones. Alegre, jovial, miró cálidamente a sus trabajadores y les anunció:

—He venido amigos para ver cómo les sirve nuestra querida, Teresa. Pasen tranquilos y por favor que no se vaya nadie, que les voy anunciar algo importante.

Los trabajadores avanzaron uno por uno, más recelosos que de costumbre, hasta que alcanzó su mate esa mano pequeña y temblorosa.

—Detente un rato, Mati, quiero conocer a este nuevo peón —dijo el abuelo cogiendo esa mano pequeña. Le levantó el sombrero y asombrado exclamó—: ¡Con que era cierto, Dorita! ¿Qué haces aquí, muchachita de los demonios? ¿Por qué no te sirven en el comedor? ¿Qué pasa, Doña Teresa! ¿Por qué vienes aquí, hijita? ¡Habla!

Sin levantar la cabeza, Dorita respondió:

—No te molestes, abuelito, es que esta comida de los peones me gusta más y a mí no me la quieren servir. Por eso, me pongo en la cola. Así me dan una ración —dijo con la voz acongojada y a punto de llorar.

—¡Basta, Dorita! ¡Anda a la casa y veré que podemos hacer! —replicó el abuelo.

Desde entonces a Dorita le sirvieron en su almuerzo una de las comidas de los peones, que saboreaba feliz. Tampoco le prohibieron que ayude a Doña Teresa, pero contaban que de vez en cuando se ponía en la fila de los peones.

El secreto del abuelo

¿Qué le pasó al abuelo?

Allí tendido, entre los arbustos del jardín exterior de la casa de doña Esther, estaba el anciano don Zenón, vestido con el terno azul y la camisa blanca impecable, su atuendo clásico de los domingos, que su esposa diligentemente le preparaba, sin haberle fallado ni una sola vez en los más de cincuenta años de vida que llevaban juntos desde que, en una glorieta junto a la playa de la Punta, decidieron unir sus vidas para siempre.

El sol brillaba esplendoroso esa mañana fresca de primavera. Jovencitos, señoritas, niños y niñas, que solían salir de sus casas para pasear en bicicleta o comprarse helados, rodearon muy preocupados al anciano que yacía solitario entre gladiolos y rosas.

—¡Es el abuelo Zenón! ¡Es el abuelo Zenón! —gritaron algunos niños que, al parecer, reconocieron al viejito.

—¿Desde qué hora estaría allí? Pobrecito —comentó afligida una señora mayor.

¿Qué le podría haber pasado? ¿Se habría caído? ¿Habrían intentado robarle ese reloj de plata con enchapes de oro que se ponía en la pechera y que mostraba orgulloso diciendo que era recuerdo de uno de sus abuelos? Al parecer no porque tenía el reloj intacto y además no había muestras de violencia alguna.

El semblante del abuelo lucía sereno y dulce. Tenía los ojos cerrados, solo sus cabellos blancos estaban

algo desordenados, la mano izquierda junto al corazón y la mano derecha fuertemente cerrada.

—¿Estará muerto? ¿Estará muerto? —preguntaron algunos vecinos curiosos. Hay que medirle el pulso.

—¡No hay tocarle, no hay que tocarle! ¡Llamemos a sus hijos pronto! —ordenó el hombre que vendía periódicos.

En el amplio comedor de la casa la familia esperaba que el abuelo regresara de la misa para almorzar juntos como todos los domingos, pues los cinco hijos, con sus respectivas esposas y los nietos, se habían puesto de acuerdo para reunirse con la abuela Fulbia, ya que esta se encontraba gravemente enferma del corazón.

Los domingos los dos ancianos tenían por costumbre levantarse muy temprano e ir a la misa de la capilla más cercana, pero al ponerse delicada de salud



doña Fulbia, el abuelo prefería ir solo. No quería que nadie le acompañe. Pero ese domingo ya eran como la una de la tarde y don Zenón no llegaba a la casa.

Ante esa demora, al principio, la familia estaba más o menos tranquila pues pensaban que se había quedado por allí, conversando con sus amigos, otros viejitos que se reunían en la tienda de doña Petronila para, mientras tomaban unas copitas de coñac con limón, recordar sus buenos tiempos.

Esta vez, como no llegaba a la hora acostumbrada, cundió en todos la preocupación, luego, poco a poco, la angustia y, finalmente, la desesperación. ¿Por qué no llegaba el abuelo? Se preguntaban todos pesándose de haber dejado salir solo al anciano. Los nietos pequeños lloraban muy acongojados, se arrodillaron ante la imagen del Corazón de Jesús pidiéndole a Dios que nada malo le hubiera pasado al abuelito Zenón.

Finalmente, se organizó la búsqueda. Los hijos tomaron el rumbo de los parientes cercanos, las nueras a las tiendas, los nietos a los mercados, los sobrinos mayores a la comisaría y al hospital. Los potajes preparados se quedaron enfriando en las ollas. La rica causa de la nuera mayor, el picante de cuy de la nuera menor, el dulce de calabaza que llevó la nuera intermedia y los deliciosos tallarines rojos que, con mucho esfuerzo había preparado la abuela Fulbia, todo quedó en la cocina esperando la llegada del abuelo.

Después de una hora de intensa búsqueda, los familiares se reencontraron, pero nadie traía noticias del abuelo. Nadie sabía dónde estaba.

El abuelo galante

Los ocasionales transeúntes observaban intrigados al abuelo, que parecía dormir plácidamente entre las dalias y claveles del jardín de doña Esther. Los niños cuchicheaban «pobre abuelito», «pobrecito». Algunas mujeres lo reconocieron y quisieron recogerlo, pero alguien recordó que no se le debía tocar. El anciano era muy conocido en el barrio, sobre todo por las damas, por su pícara galantería, pero no sabían exactamente dónde vivía.

En las tardes, cuando se encontraba con sus amigos, en la tienda de doña Peta, muy orondo les contaba que cuando joven había tenido muchas admiradoras.

—Oigan, las mismas chicas me buscaban. Yo no tenía la culpa de ser buen mozo.

En efecto, aún ahora a sus setenta años dejaba ver en su rostro rasgos hermosos.

—Ya me hubieran envidiado este perfil muchos artistas, jajaja —se jactaba orgulloso, dejando escuchar su tan particular y sonora carcajada.

En aquellos encuentros coloquiales en la tienda de doña Petronila siempre enseñaba una foto suya y con orgullo decía:

¡Este caballero guapo he sido yo, qué caray!

Con una pose de artista de cine, estaba retratado el abuelo luciendo un pantalón blanco con un saco también blanco con rayas negras, zapatos negros de charol, sombrero de medio lado, acomodado de tal manera que se luzca su abundante y ensortijado cabello. Tenía la camisa con blondas en la pechera y una corbata negra anudada en forma de listón. Así como los ojos grandes y pardos claros protegidos por pestañas espesas. Los labios

delgados sonreían con sus juveniles veintidós años sin preocupaciones. Comentaba el abuelo:

—¡Antes uno se vestía bien legal, no como ahora, pura zapatilla y «pantalón gin»! Estos jóvenes no saben lo que es la elegancia, jajaja. —Y en la pequeña tienda se escuchaba su bulliciosa carcajada.

Desde joven no hubo mujer que dejara de inspirarle un piropo o un verso. Él sabía muchos y, en su barrio de la Punta en el Callao, no se dio fiesta de cumpleaños en la que no fuera el invitado principal. La fiesta era la ocasión para que luciera sus cualidades como decimista. Su alegría desbordaba se esparcía a todos los corazones.

*En cinta de mil colores
te contaré de mis amores
angelito bajado del cielo
de los hombres el consuelo
Rosita galana
carita de gitana
adivina quién te ama.*

No le gustaba tomar licores ni fumar cigarros sean finos o corrientes. Si algo le gustaba tanto como las mujeres, era el baile. Como buen criollo bailaba los vales con mucha elegancia. Se apoderaba de todo el salón y hacía bailar a su compañera al mejor estilo. Las damitas se ponían nerviosísimas por el miedo a pisar mal y romper el tacón de sus zapatos.

—Por favor, don Zenón, no me dé tantas vueltas que me voy a caer —le reclamaban al oído.

¡Había que verlo en las marineras! Sus zapatos de charol parecían tener alas. Pero el muy pícaro, cuando bailaba, no dejaba de mirar fijamente los ojos de su

compañera. Ante esto, claro, los esposos celosos se ponían en guardia. Entonces, él iba y los abrazaba amicalmente y con un «qué pasa hermano, es solo un bailecito no más, te invito un trago» daba por terminado el asunto.

Contaba que de soltero tuvo muchas enamoras, noviecitas y novias, pero decía él de sí mismo:

—Compadre, yo fui respetuoso, bien legal, compadre. Las mujeres son como las rosas, delicadas, compadre. Para qué hacerles daño. Se ilusionan de uno, pero yo no fui vivo, nunca, compadre, nunca.

Lo interesante en la vida de don Zenón es que siendo él tan alegre se casó con doña Fulbia Carmelino, una mujer muy bella, pero sumamente seria. Alta, delgada y blanca, probablemente descendiente de algún inmigrante italiano que se quedó a vivir en el Callao. De ojos pardos claros almendrados de mirada aterciopelada, era más conocida en el vecindario por sus mal escondidos rezagos de racismo.



No soportaba a mestizos ni negros. Porte de reina, jamás bajaba la mirada a nadie y aún ante los arrebatos sentimentales de su marido, nunca hizo una escena ordinaria. Digna, serena en todo instante. Al ver a la pareja surgía siempre la pregunta: ¿qué paso con la dama tan racista casada con un mulato? Sin embargo, en los sesenta años de vida matrimonial nadie le hizo la observación de que ella compartía su vida con un descendiente de negros a los que tanto detestaba.

De lo que no cabía duda era de ella lo amaba mucho, pero a su manera. Cuando él bailaba, haciendo pasitos inventados, lo miraba con ternura y sonreía contenta. No le gustaba bailar, pero era intensamente feliz viendo a su esposo bailarín.

Al alistarle la ropa para alguna fiesta, le decía:

—Te he puesto tres pañuelos, uno para ti, otro por si acaso lo pierdas y el otro con blondas es para las damas que no lo tengan.

Los rociaba con un poco de agua de colonia para que estén perfumados.

El encuentro

Terriblemente acongojados llegaron los familiares al jardín donde se encontraba el anciano Zenón. ¡Papá, papá, abuelito, abuelito!, decían entre sollozos hijos y nietos. La abuela, pese a estar delicada de salud, también había acompañado en la búsqueda por lo que agradeció a Dios mirando el cielo.

El hijo menor se acercó con cuidado donde su padre, le levantó la cabeza, le tomó la temperatura, sintió los latidos del corazón y dio un suspiro de alivio y satisfacción. Estaba vivo. Entre todos lo cargaron y lograron

subirlo al carro del hijo mayor y se enrumbaron a la casa. Allí el médico del barrio revisó exhaustivamente al anciano, quien volvía a estar consciente.

Al parecer se tropezó con algo y cayó al jardín de doña Esther. Todo indicaba que nada grave le había sucedido a don Zenón, excepto por esa mano derecha que no se abría o no quería abrir por nada del mundo.

—Esa mano me preocupa. Mañana lunes lo lleven a este colega neurólogo —prescribió el médico. Entendió una tarjetita a uno de los hijos y se marchó.

Entonces las preguntas y los reproches comenzaron a invadir el dormitorio del abuelo. Ante el alboroto, don Zenón pidió a su esposa que le alcanzara el bastón. Golpeó fuertemente el piso y les ordenó que se marcharan inmediatamente:

—¡Fuera, fuera de mi cuarto!

La abuela Fulbia se acercó amorosa, le acarició los blancos cabellos y le dijo:

—Hemos estado muy preocupados. Otra vez no vayas solo. Ya estamos viejos. Deben acompañarte nuestros nietos. —Cogió con cuidado la mano derecha del abuelo preguntando—: ¿Qué te paso en tu mano? ¿Por qué no puedes abrirla?

El abuelo no dejaba de mirar tiernamente los ojos almendrados de doña Fulbia en los que siempre encontró paz y calma. Abrió lentamente la recia mano y le mostró con alegría lo que tenía en ella. Era una preciosa rosa encarnada, que por la presión agonizaba sin remedio.

—No le cuentes a nuestros hijos, pero te traía esta flor, para ti mi linda Fulbia. Estaba escogiendo la más bonita del jardín de doña Esther y me caí. ¡No sabes cómo te extraño mujer! Mi vida ya no es la misma

sin tu compañía mi adorada Fulbia. ¿En qué momento envejecimos? ¿Por qué me quieres dejar? —Y como un niño temeroso reclinó su cabeza junto al pecho de la abuela. En el silencio del cuarto los dos ancianos se abrazaron y amaron desafiando al tiempo.

Peluche

Un cuento cada día

Como todas las mañanas la niña iba cogida de la mano de su madre, una joven mujer provinciana de mediana estatura, caminar ágil, cuyo cabello negro y abundante recogía en un hermoso moño. Ese día, la pequeña, impecablemente vestida con un traje celeste y zapatos negros de charol, marchaba sumamente preocupada.

Diariamente se repetía la misma escena. Apuradas las dos, caminaban conversando por esas calles del Cercado de Lima que las verían envejecer ya que nunca se mudaron a otro barrio.

—Mami, ¿otra vez tengo que jugar con Zarela?
—preguntó la niña con inquietud.

—Claro, además, ¿qué vas hacer mientras yo trabajo? Mejor juegas con Zarelita —ordenó la madre.

—Mamá, pero a ella le gustan mucho los cuentos y yo ya le conté todos los que sabía —replicó triste la chica.

—Haz un esfuerzo hijita. Ella igual que tú no tiene hermanos con quien jugar y por eso es un poco engreída. Ya llegamos —dijo la madre mientras suavemente empujaba una puerta que se encontraba entreabierta.

La niña había escuchado con atención los consejos de su madre, pero pensaba mucho, ¿qué historia contaría esta vez? Sí, tenía un cuento nuevo, pero... ¿si no le gustaba a Zarelita? Una escalera imponente de madera brillante con los pasamanos labrados se alzaba

frente a ellas. Subieron las veinte gradas de todos los días, tocaron el timbre y Pancho, el mayordomo, abrió la inmensa puerta que siempre tenía un chirriar extraño y atemorizante.

Entraron al salón principal, la madre besó la frente de la niña con mucha ternura y le dijo:

—Anda, anda a jugar, yo voy a cuidar a doña Carmela.

La pequeña caminando de puntas se dirigió a un cuarto y entró muy despacio. En el medio del gran dormitorio, sentada sobre un sofá de terciopelo verde, estaba una niña casi de su misma edad. Vestida con un camisón rosado, los largos cabellos rubios y ondulados le caían sobre la espalda. En su carita de nácar había dos pedacitos de cielo azul que brillaron al ver a Inés.

—Pasa, recién me van a peinar —dijo entusiasmada.

Vino el ama muy cariñosa y, con mucho cuidado, cogió los cabellos de Zarelita y los peinó lentamente. Nunca le mojaba con agua sino con una colonia especial que el papá de la pequeña, don Rafael, le traía cada que volvía de España. La peinaron con dos trenzas adornadas con unas cintas de color rojo y le pusieron un traje sencillo, de color verde agua con unas blondas blancas en la pechera.

Trajeron el desayuno: café con leche muy caliente, jugo de naranja, huevos duros y avena. Todo servido en unas tacitas y platitos blancos adornadas con dibujos de patitos amarillos. Inés, mientras saboreaba un delicioso pan con mantequilla, observaba con detenimiento las figuritas pintadas en las tazas de loza y recordaba aquellos patitos amarillos con los que jugaba en la laguna, que había cerca de la casa de la abuela y que ella los

contaba cuando la madre pata, muy soberbia, cruzaba por el zaguán y los llevaba a nadar.

—¿Dónde estarían esos patitos y la gallina negra que tenía pollitos blancos? —recordaba Inés.

—Inés, dime, ¿qué cuento tienes hoy? —dijo Zarelita, sacándola de sus pensamientos.

—Mejor hoy descansamos de los cuentos y juguemos a otra cosa.

—¡Seguro que no sabes otro cuento! No importa, vamos a jugar a brincar. Vamos a saltar. —Se sacaron los zapatos y comenzaron a saltar cantando «cucú, cucú saltaba la rana, cucú saltaba la rana...». Así pasaron muchas horas.

—Esta Zarelita, eres incansable saltando. Oye, ¿por qué nos vamos a ver qué están haciendo los pavos?

—Claro, vamos.



Subieron al corral y comenzaron a perseguir a los animales. Los asustados pavos, unos de color blanco y otros de color negro, corrían gritando, haciendo un gran alboroto y ellas atrás, hasta que los animales y ellas se cansaron.

El ama les traía fruta a media mañana.

—Niñitas, hoy les traigo melocotones. —Inés cogió el más maduro y fragante.

—¡Ah... se parecían tanto a los melocotones que crecían en la huerta de la tía Micaela! —Aquellos eran blancos, anaranjados y otros rosados. Había muchos melocotones en la huerta. Su tía era muy buena y también ágil. Ahora, tan lejos, añoraba la mirada dulce de su tía.

Doña Mica, como todos la llamaban, era muy religiosa. Cierta noche, antes que Inés durmiera, le acomodó las trenzas y le enseñó un dibujo de un corazón donde habían pintado angelitos, azucenas, estrellas y una virgencita diciéndole:

—Así es el corazón de las personas buenas. Tú tienes que ser buena. Obedece a tu mamá. —Ahora su mamá le había dicho que tenía que entretener a esa niña rubia y sola, pero... otro día le contaría un cuento bien bonito. Ahora no.

—Inés, ¿quieres ver mis vestidos? —Entraron al dormitorio de Zarela y ella abrió su enorme ropero y comenzó a sacar, uno a uno, todos sus hermosos trajes. Los de invierno, de verano, de playa, de casa, de visitas... También sacó sus abrigos. Allí, entre todos, estaba uno de peluche blanco, suavcito.

—Inés, pruébate los que quieras. —Obediente, la chica inmediatamente se puso el abrigo de peluche blanco.

—Te queda, te queda. Dile a tu mamá que te compre uno.

Claro que sí, le pediría a su mamá que le compre un abrigo igualito. Esa noche en su casa, mientras cenaban, la niña no hablaba de otra cosa que no fuera del abrigo de peluche.

—Hijita, ojalá tu papá salga pronto del hospital. Cuando él reciba su sueldo, te compraremos un abrigo de peluche —comentó la madre.

La niña casi no durmió pensando. «¿Cuándo se sanaría su papá? ¿Por qué se enfermó? Ya estaba un largo año en el hospital. Iban dos veces por semana a visitarle. Algunos días no podían porque mamá tenía que trabajar. ¡Qué miedo tenía cuando cruzaban las pistas para llegar al hospital! Menos mal que su mamá sí sabía caminar entre tanta gente. Ella era muy valiente. Nunca la vio llorar, ni cuando llegaron en la primera visita y vieron a su papá, rodeado de muchos médicos. Ella sí lloró y muchos días. Ese señor, delgado, con los ojos cubiertos con una venda negra que no dejaba verle rostro y agujas en los brazos, no parecía ser su papá.

—Ven —le dijo. Ella avanzó y su padre acarició su cabecita. Al sentir sus lágrimas musitó—: No llores, hijita, pronto saldré y nos regresaremos a nuestro pueblo.

Transcurrió casi un año. La navidad la pasaron solas. Al llegar las fiestas patrias, un tío las llevó al circo. ¡Cómo le llamó la atención el elefante! Siempre había querido ver a un elefante. Cuando aprendió las vocales, su maestra le había hecho repetir tantas veces: «e de elefante, e de elefante» señalando el dibujo de un elefante gris. «¿Cómo sería de verdad ese animal que parecía tan grande?». Se había preguntado siempre. Y allí estaba,

en el circo. Gigante pero muy obediente. Hacía todo lo que le mandaba el domador: saludaba al público con la trompa, se paraba en tres patas, jugaba con una pelotita... Bueno y obediente. No había duda de que en su corazón tenía angelitos y estrellitas, como decía la tía Micaela.

También le gustaron los perritos bailarines. Eran pequeños y muy crespos. El machito color canela con su terno verde petróleo y la hembra blanca con una linda faldita roja y bolitas azules, lucía un sombrerito de tul. ¡Cómo bailaron los perritos! La fiesta fue de ellos. El machito bailaba alrededor de la hembra y ella, coqueta, en el medio le sonreía. La gente no cabía de alegrarse y aplaudía con mucho entusiasmo. ¡Qué inteligentes! Su perrito *Shalwa*, que se quedó en el pueblo, recordaba Inés, no sabía bailar. Pero si le gustaba saltar por las chacras y descubrir a las perdices cuando estas, asustadas, se escondían entre los alfalfares. También anunciaba cuando alguien iba a morir. Esa noche que la tía Micaela estaba agonizando aulló toda la noche. ¿Ahora que ella estaba tan lejos con quién jugaría su perrito?

Un regalo para Inés

Al llegar el invierno, hacía mucho frío. Por eso, su madre le puso el abrigo rosado con capucha que papá le compró en Caraz. Era un abrigo de paño que tenía unos botones bien grandes, hechos de madera. Claro que era muy abrigador, pero el abrigo de peluche blanco debía calentar más. El día que su padre saliera del hospital y comenzara a trabajar, ella le pediría que le compre uno igual y su papá lo haría porque era muy bueno. La llamaba y la levantaba en vilo diciendo:

—Inés, arriba, arriba, me hubiera gustado que fueras hombrecito, pero serás una mujer muy fuerte. Yo te prepararé para que seas muy fuerte.

—Zoilita, Zarela ha crecido mucho y no sé qué hacer con tanta ropa. Escoge algo que le pueda servir a tu niña.

La madre de Inés acarició con la mirada el blanco abrigo de peluche. Qué hermoso destacaba en el ropero.

—Señora, ¿puede venderme ese abrigo? Le pagaré con mi trabajo, claro poco a poco.

—Llévalo, Zoila

—No, todavía no, señora —dijo la mamá de Inés. Le daré una sorpresa a mi hijita el día de su cumpleaños.

—Abre, abre ese paquete, Inés, es mi regalo de cumpleaños.

La niña temerosa desató con cuidado la cinta roja y encontró el abrigo de sus sueños. Suavecito, delicado, blanquísimo como los nevados. Sus manos acariciaron los botones de nácar y miró asombrada a su madre, con ternura y agradecimiento. La abrazó muchas veces y le dio muchos besos.

—Mamá, ¿cómo lo compraste si papá aun no trabaja?

—No te preocupes, ya está pagado. —Inés se puso el abrigo, se fue al espejo a mirarse. Salió del departamento llamando:

—¡Abuela, abuela, mira el abrigo nuevo que me ha comprado mi mamá!

—Tanto que has fastidiado que la pobrecita de tu mamá ha tenido que trabajar más. ¡Ahora vas a parecer una niña rica mientras tu padre está en el hospital, qué barbaridad! —dijo enojada la anciana.

Qué importaba lo que dijera la abuela. La niña no cabía de felicidad. Se paraba, se sentaba, caminaba de un lado a otro con el abrigo puesto. Cuando vino Nelly, su amiga del barrio, se lo enseñó orgullosa. Nelly era muy buena y sabía cantar porque su papá, que era un cantante muy conocido, le había enseñado, sobre todo, vales criollos. Quería que su hija sea una artista famosa.

Con Nelly, Inés se sentía tranquila y alegre. No tenía que contarle cuentos.

—Inés, tu abrigo es lindo, póntelo el domingo para la misa.

Era un lunes, ¿cuántos días faltaban para que llegue el domingo? Martes y miércoles, qué días tan largos. Zarela no comentó nada del abrigo. Inés solo aguardaba que llegara el domingo. Jueves y viernes, cuentos y más cuentos. Zarela siempre quería que fueran diferentes y todos con finales felices, no entiende que solo es un cuento y algunos cuentos terminan tristes. Claro, Zarela no tenía un papá enfermo.

El viernes amaneció con la frente muy caliente, pero igual acompañó a su madre a trabajar. Tenía fiebre, le dolía la cabeza, solo quería dormir.

—Zarellita, por favor, no me pidas cuentos hoy —dijo Inés.

Se sentó en el sillón más grande tapizado con terciopelo azul y marcos adornados con pan de oro y no quiso jugar. Zarela estaba molesta. Qué pasaba con Inés que no quería hablar, ni jugar, ni seguir a los pavos.

—¡Inés, vamos! —insistía la niña rubia, jalándole del brazo.

—No, no, Zarelita, hoy no puedo. El lunes, te prometo que el lunes te contaré muchos cuentos y adivinanzas —mientras hablaba se quedó dormida.

En sus ensueños se vio en una glorieta subida en unas bancas blancas. Rodeando a la glorieta había muchas flores, pero predominaban unas de color lila intenso. Eran unas florecillas pequeñas, pero que iluminaban todo el ambiente. Allí estaban los tres: su papá, su mamá y ella. La subieron a las barandas de la glorieta y ante sus ojos se descubrió el mar, verde, azul, gris, inmenso, con sus olas que juguetonas iban y venían. Sobre el cielo, tranquilas, libres, volaban las gaviotas y su graznido aún vibraba en sus oídos. ¿Cuándo saldría papá del hospital para ir a ver el mar nuevamente?



La fiebre no cedía, tendría que llevarla al hospital, pensaba la buena mujer mientras acariciaba las manitos calientes de Inés. De rato en rato, la niña decía frases que la madre no entendía, «Zarelita no todos los cuentos tienen finales bonitos».

Eran como las nueve de la mañana y en la puerta de la casa de Inés se estacionó un carro negro, grande y brillante, del que bajó el mayordomo de doña Carmela.

—Señora, aquí le devuelvo su dinero, me manda la patrona, dice que Zarelita se ha puesto a llorar por su abrigo y quiere que se lo devuelvan.

—¡Qué pena, don Emilio, justo ahora, cuando mi hija está enferma! Pero si a Zarela ya no lo queda el abrigo.

—Me ha dicho que lo lleve y apresúrese porque usted ya sabe cómo es el chofer de aburrido, no le gusta esperar mucho —dijo el mayordomo un poco triste.

La buena mujer cogió el abrigo blanco, lo empaquetó y se lo entregó al hombre que se fue apresurado. Como a las once de la mañana del domingo, la niña abrió los ojos y dijo:

—Mamá, ¿hoy me pondrás el abrigo blanco e iremos a la misa verdad?

—Sí, mi palomita, iremos a misa.